

Myriam Moscona

De frente y de perfil

Jorge Esquinca

Arriesgada e inquieta, a lo largo de una trayectoria de más de tres décadas, Myriam Moscona ha cruzado en su escritura los límites de la poesía, acercándose a las formas hospitalarias de la pintura y la caligrafía, así como apropiándose de registros usualmente considerados propios de la prosa, como demuestran sus libros Negro marfil o Tela de sevoya.

Regida por el signo de Piscis, Myriam Moscona llegó a mi vida ataviada con pulseras gitanas, collares de buen augurio y amplios faldones que le otorgaban un aire enigmático, de ligera sofisticación. La mirada vivaz y la cabellera rizadísima enmarcaban una amplia sonrisa con la que podía —no ha dejado de hacerlo— desarmar a cualquiera. Acto seguido, de acuerdo con el vaivén de la conversación, Myriam podía pasar de la abierta carcajada a las lágrimas. Comenzaban los años ochenta y ambos nos sentíamos contentos por la aparición de nuestros primeros libros: *Último jardín* (de ella) y *La noche en blanco* (mío), publicados ambos en 1983. La amistad surgió de manera inmediata y natural, gracias a la buena voluntad de nuestras respectivas parejas, que podían escucharnos hablar durante horas sobre libros, discos, películas, viajes y sobre los inevitables cotilleos del mundillo literario de aquellos años. Recuerdo que alguna vez, al advertir un súbito dejo de tristeza que sin razón aparente ensombrecía su mirada, le comenté que encontraba en ella un cierto parecido con mi abuela materna. Myriam me miró sorprendida ante lo que, a todas luces y frente a su evidente lozanía, no podía juzgar como un elogio. “No me malinterpretes —añadí—, mi

abuela es una de las mujeres más hermosas del mundo”. En otra ocasión, durante un encuentro de escritores en Madrid, me invitó a conocer la Librería Hiperión. Esta, según ella había escuchado, estaba consagrada únicamente a los libros de poesía. Me apuré a terminar el desayuno y salimos a la calle con anticipado júbilo. Caminamos durante horas. Agotado, la detuve y le pregunté si ya estábamos cerca de la famosa librería. “¡Cómo! —me respondió atónita—, ¡pero si yo te vengo siguiendo a ti!”. En su despiste, Myriam había dado por hecho que yo sabía la dirección del local. Nos reímos a carcajadas y continuamos nuestra caminata bajo el sol de las amplias avenidas madrileñas.

Más allá de su distracción proverbial, la natación contraria de los peces en el emblema de su signo zodiacal le ha dado a Myriam algo que, en relación con su eminencia acuática, sólo me atrevo a calificar como una salvífica fluidez para andar por la vida y por el mundo. La he visto sortear tormentas, zonas de alta presión y golfos de sombra, temporadas de duda y sequía creativa y salir de todas ellas victoriosa, con la sonrisa intacta, preparándose para emprender otro largo viaje a Israel, Sri Lanka o Barra de Navidad. Ahora que lo pienso, el signo

mayor de su aventura vital está ya anticipado en aquel lejano primer libro donde expresa: “¿Quién sopló a mi oído? Alguien se empeñó en tirarme a la marea, que a la velocidad de la resaca me regresó al mundo a completar mi ciclo”. Un amplio ciclo, si consideramos que entre ese primerizo *Último jardín* y su reciente y justamente celebrado *Tela de sevoya* media un lapso de treinta años. ¿Un ciclo cerrado? No lo creo.

Un somero examen de sus libros permite vislumbrar su trabajo poético como una aventura sostenida —y sin vuelta atrás—. (Dicho sea entre paréntesis: no deja de asombrarme que la habitual distracción de Myriam se transforme en atención profunda cuando se trata de escribir un poema o de internarse por los vericuetos de uno ajeno. Su ojo y su oído trabajan entonces en total complicidad). Si *Las visitantes* (1988) puede considerarse todavía como un libro temprano, hay en él una voluntad

para permitir que el tiempo fluya y proyecte la palabra poética hacia adelante, hacia el futuro de su más plena expresión. Una labor paciente, tenaz, en la que se empeña a través de sus dos siguientes libros: *El árbol de los nombres* (1992) y *Visperas* (1996). Añado una nota sobre el primero, del que me tocó ser editor. Se trata de un poema amoroso, de escasas cincuenta páginas, dividido en nueve partes y sobre el que escribí para la cuarta de forros:

Crece, bajo un cielo sombrío, el árbol de los nombres.
Por su tronco asciende la savia que nutre a los amantes.
Hijos caídos de sus ramas, huérfanos de raíz, durante un
breve instante nos dejamos poseer por el Vocablo: fuimos
nombres, nombramos. En la mejor tradición de nuestra
poesía amorosa, este libro de Myriam Moscona es el trazo
que se demora frente al abismo de la pasión y que halla

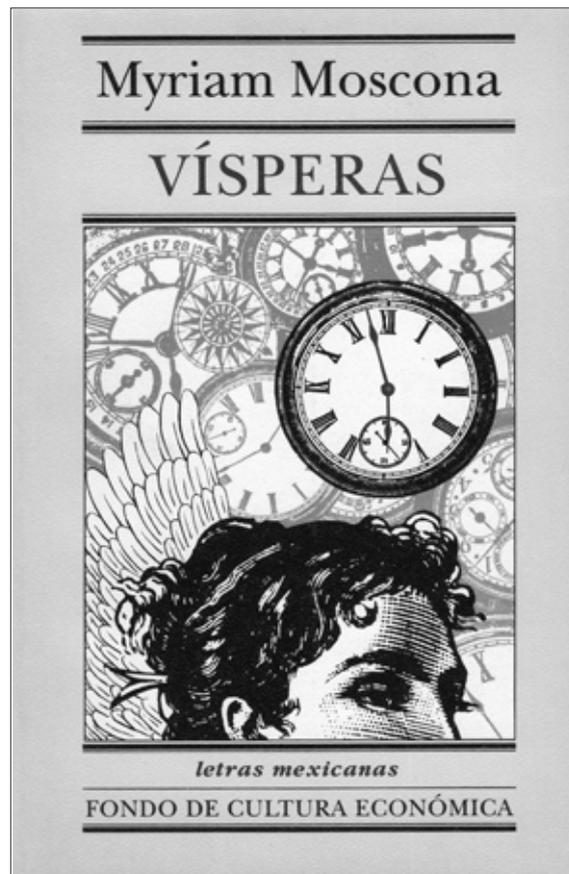
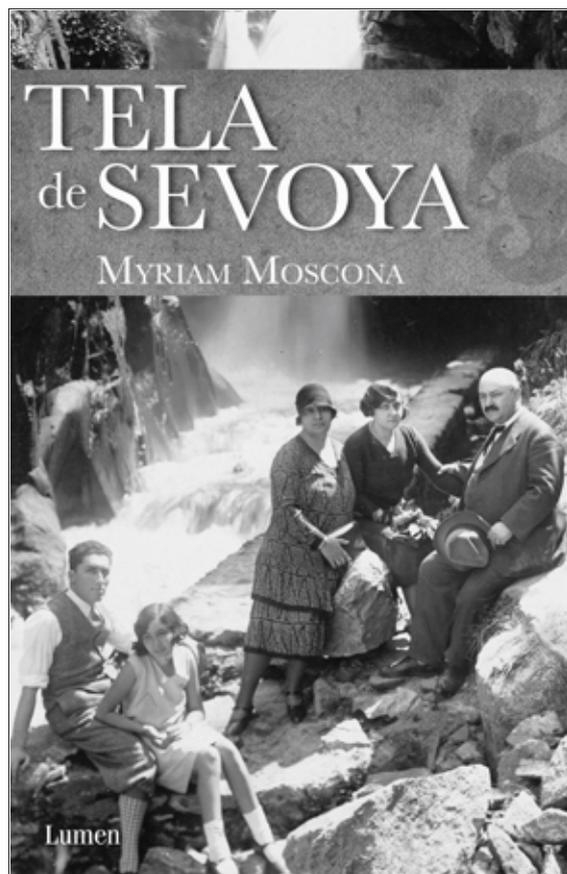


Myriam Moscona

de resignificación común a la poesía escrita por las poetas mexicanas de entonces. Son ellas mismas el sujeto principal de sus averiguaciones. Sin embargo, la mirada de Myriam nunca se vuelca en la abierta confesión ni se contenta en la mera contemplación de sus enigmas, sino que cala más hondo y se pregunta, al trazar, en tercera persona, su propio retrato: “¿Qué pesa más en la balanza de su cuerpo? / ¿Los años velados o aquella fugacidad encendida en la memoria?”. La respuesta que se atreve a dar contiene a la vez una severa autocrítica y conmueve por su honestidad: “No puede apartar la bruma que impide atravesar el tiempo / por ella misma detenido”. La tentativa consistirá en disolver ese obstáculo

su solaz en una liturgia de las palabras. Para los amantes, la visión del reino sólo puede conducir hacia las puertas del delirio; es imperativo, entonces, pronunciar, nombrar aquello que se ha sido cuando el deseo habitaba un cuerpo, un alma semejantes. De aquí que la escritura de Myriam Moscona fluya en un tiempo otro, en el tiempo sin tiempo de la fusión y el arrebató: sus versos son las nervaduras, las língas, la materia misma del árbol hechizado. Poesía que finca en los territorios de la agonía extrema, escrita con lucidez incomparable.

Pese al tono solemne y la proliferación de adjetivos —que hoy evitaría— no me arrepiento de haber escri-



to ese párrafo. Compartía con Myriam esa búsqueda un tanto voraz de la otredad que se encuentra —siempre fugazmente— en el vértigo de la entrega amorosa. Rescate de esas líneas la idea del tiempo que fluye y se transforma en palabras y la noción de la poesía como un árbol alimentado por nuestra propia sustancia. Ella lo expresa así:

Halo invulnerable, tiempo:
dame la perspectiva,
la altura de las aves.
Sácame de este círculo concéntrico:
Ábreme, dame una espiral:
desata esta linfa,
quérame en la lumbre del agua.
Invulnerable,
dame la pasta, el cauce, la materia
para grabarte en la memoria.

No un círculo, entonces, sino la espiral de la apertura. Myriam encontrará una vía en el cambio de tono que se advierte en algunos de los poemas que componen *Visperas*. Hay en ellos una cierta soltura, un cierto desenfado —¿desencanto, ironía?— que le permiten respirar con mayor holgura. Cuatro años después, en el filo del nuevo siglo, publica la primera versión de *Negro marfil*. Se trata no sólo de un cambio de tono, sino de un auténtico *cambio de aliento*. Myriam había estado explorando con otros lenguajes, con otros códigos: la

pintura, el dibujo, la caligrafía. Es un libro que ha conocido tres ediciones —la más reciente en una admirable traducción al inglés realizada por Jen Hofer— y en todas ellas Myriam arriesga una nueva estructura para la disposición del poema en combinación con su aventura plástica. Consecuencia y ruptura, *Negro marfil* marca una ruta en la que el lenguaje —y la concepción fragmentaria del poema— adquieren un papel eminente. Una ruta de la que Myriam no se apartará. Francine Masiello, en el prólogo a la edición norteamericana, advierte: “Quizá toda la literatura sea un proyecto para reducir la brecha entre experiencia y representación. Y aquí también, Moscona insiste en acortar la distancia entre estos distintos regímenes de lo real. Acércalo, disminuye la pausa, recuérdanos que la experiencia encarnada nos hace parte de la totalidad, permitiéndonos sentir las pulsaciones del mundo y el latir de la vida en nuestro interior”. Y más adelante, añade: “*Negro marfil* exige que ensamblamos las formas; este libro nos recuerda que la escritura puede ser un compromiso con el proceso de construir, con la colaboración y con el acto de involucrarse”.

La morera asoma frutos negros
Pájaros cerrados
Pequeña semilla Atada
Con juncias Como un corazón
En la mano

